

El pensamiento ordinario. *La experiencia del blog*

Justo Serna

Justo Serna es profesor de Historia Contemporánea en la Universitat de València. Es autor, junto con Anacllet Pons, de *Cómo se escribe la microhistoria* (Cátedra-PUV, 2000) y *La historia cultural* (Akal, 2005). Su último libro publicado es *Héroes alfabéticos. Ensayos sobre novelas* (PUV, 2008). La primera versión de este artículo se presentó como ponencia en el Congreso Internacional Las palabras y los días. Un enfoque comparatista del diario, celebrado entre el 16 y el 20 de febrero de 2006, dirigido por Celia Fernández y María Ángeles Hermosilla, y organizado por la Universidad de Córdoba.

1. «El diario, sin duda, es un género cómico», decía Ricardo Piglia en *Crítica y ficción*. Uno se convierte automáticamente en una especie de payaso —precisaba—, alguien que provoca la risa o la conmiseración de sus espectadores o lectores en este caso. ¿Por qué razón? Un individuo que anota día a día cosas de su propia vida o pensamientos, sugerencias, reflexiones es algo bastante ridículo, añadía el narrador argentino. No podemos tomar en serio a quien así se expone y a quien va dejando miguitas, sobras o desechos o, mejor, huellas para que otros sigan su rastro.»¹

Pensamos que la memoria es una función que nos sirve para recordar, para evocar aquello que fuimos o hicimos. En realidad, como anotaba Piglia, solemos emplearla para olvidar, para exhumar sólo aquello que nos da coherencia, que nos facilita un relato congruente de nosotros mismos, las piezas encajadas que forman una efigie inapelable, bien trazada. De ahí que una parte no despreciable de nuestras reminiscencias sea el caudal de lo que llamamos recuerdos encubridores o creadores, las evocaciones intrascendentes que tapan lo que nos ocasiona dolor o conmoción o las rememoraciones que de manera involuntaria inventamos para darnos un pasado que nunca tuvimos.² Pues bien, como decía expresamente Piglia, «un diario es una máquina de dejar huellas» y, por tanto, dibuja un camino que se puede seguir y que nos lleva hasta el paseante mismo. Confesándose sobre el particular, añadía: «me gustan mucho los primeros años de mi diario porque allí luché con el vacío total: no pasa nada, nunca pasa nada en realidad, pero en ese tiempo me preocupaba, era muy ingenuo, estaba todo el tiempo buscando aventuras extraordinarias».³

Quizá esta tarea no sea tan distinta de la que hace el responsable de un blog:⁴ sabedor de que contempla y registra en un espacio que es inaprensible, desorientado incluso, se empeña en tomarse como portavoz. En efecto, el diarista público, aquel que edita en papel o en la Red sus ideas, sus incertidumbres, sus malestares, sus estupores, es siempre alguien cómico, incluso ridículo, alguien cuyo narcisismo se nutre de la exhibición. Pero esto no es algo raro. ¿Acaso el profesor no experimenta un placer exquisito cuando habla ante sus muchachos inquisitivos, cuando ve en ellos la atención despierta de quien quiere más, mucho más? ¿Acaso el periodista no se envanece cuando los lectores reconocen sus revelaciones?

2. En enero de 2005 abrí un blog (o bitácora electrónica) de actualización prácticamente diaria, un dietario personal en el que reflejar mi pulsión escritora, en el que ensayar, en el que desdoblarme viéndome desde las palabras. «Me veo desde las palabras como si fuera otro», decía aquel personaje de Julio Cortázar, «puedo pensar cualquier cosa siempre que en seguida lo escriba». Y así lo he hecho. Me gusta concebir la

1. Ricardo Piglia, *Crítica y ficción*, Barcelona, Anagrama, pág. 91.

2. Véanse, por ejemplo, José María Ruiz-Vargas (ed.), *Claves de la memoria*, Madrid, Trotta, 1997 y mi artículo «¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria colectiva?», en la revista electrónica *Ojos de Papel*, 7 de octubre de 2001.

3. Ricardo Piglia, *Crítica...*, pág. 91.

4. Según leemos en la Wikipedia, «un blog, o en español también una bitácora, es un sitio web periódicamente actualizado que recopila cronológicamente textos o artículos de uno o varios autores, apareciendo primero el más reciente, donde el autor conserva siempre la libertad de dejar publicado lo que crea pertinente. El término blog proviene de las palabras web y log ('log' en inglés = diario). El término bitácora, en referencia a los antiguos cuadernos de bitácora de los barcos, se utiliza preferentemente cuando el autor escribe sobre su vida propia como si fuese un diario, pero publicado en Internet en línea». Véase: <<<http://es.wikipedia.org/wiki/Blog>>>

5. Véase mi artículo «La bitácora o el laboratorio personal», *El País*, 28 de marzo de 2005.

6. La idea del diario como *agenda pública* la tomo, entre otros, de Joan Fuster. Véase el volumen que de su obra editamos Encarna García Moneris y yo mismo: *Nuevos ensayos civiles*, Madrid, Espasa, 2004. En concreto, págs. 151 ss. («El diario, agenda pública»). Desarrollamos estos aspectos en la introducción a dicha obra: «Joan Fuster *par lui-même*», págs. 9-53.

7. Traté de desarrollar esta idea en mi artículo «¿Blogo ergo sum?», *Memoria. Revista de estudios biográficos*, núm. 2 (2005), págs. 14-150.

8. Alejandro Piscitelli, *Internet, la imprenta del siglo XXI*, Barcelona, Gedisa, 2005.

9. <<<http://www.wurman.com/rsw/index.html>>>.

experiencia como si de un laboratorio se tratara:⁵ el centro de una escritura pública, un cuaderno propiamente intelectual que combinara la expresión de algunas ideas con notas de lectura, con polémicas, con conversaciones, con citas, con restos de vida. Todo, absolutamente todo, puede escribirse y las cosas que quedan en mi bitácora, las huellas de mi diario, son una especie de borradores de escritos mayores, una agenda pública de quien se deja sorprender por un mundo que anota con los recursos del conocimiento, de los libros, de las lecturas.⁶

Pero hay más. Cuando empleo la palabra diario aplicándola a los blogs corro el riesgo de la anfibología. Podemos interpretarla como un sinónimo de periódico o como equivalente a dietario. En general, muchos *bloggers* aspiran a convertirse en fuentes de noticias, algo así como reporteros intrépidos, capaces de dar cuenta de aquello que la prensa de papel no suministra por desatención, por rutina o por simple censura. La meta es sugestiva y si efectivamente el periodismo digital o las bitácoras informan de lo que no se atreven o no pueden informar los medios tradicionales, entonces tendrán en el futuro un papel destacado. En países en los que la censura impide la libre difusión del dato, de la noticia, de la revelación, el blog puede transmitir lo que los poderes tapan y ocultan, hecho que a sus responsables les ha podido poner en estado de riesgo. En aquellos otros países en los que la censura no es política, el *blogger* puede competir con los periodistas en el suministro de la información, siendo, por ejemplo, más audaz que el reportero sometido a los esquemas de su propio medio de comunicación. Hay, sin embargo, algo de espejismo en esta pretensión, pues no es exactamente más información lo que hoy necesitamos, al menos en un Occidente saturado, sino criterios de discriminación del dato y de la fuente. Recursos para poder establecer juicios fundados, opiniones firmes y documentadas.⁷

Eso mismo lo leí en un libro sensatísimo de Alejandro Piscitelli titulado *Internet, la imprenta del siglo XXI*.⁸ «Es cada vez más claro», decía Piscitelli, «que el objetivo del futuro inmediato no será obtener más información (la que tenemos nos desborda permanentemente), sino volver inteligible la preexistente (...). En síntesis, habrá que elegir, es decir dejar fuera de nuestro foco de atención el 99% de toda la información disponible (...). En un mundo infocicado es mucho más importante desinformarse que sobreenformarse. Necesitamos acudir a pocos datos, sólo los importantes. A pocas interpretaciones, las más atinentes».

En efecto, frente a la información es preciso valerse de criterios y cuando pienso en esto me viene a la cabeza algo que le leí a Umberto Eco hace años: el lector dominical de *The New York Times*, decía Eco, tiene ese día mayor cantidad de información en el papel impreso que lo que podía tener un europeo ilustrado del Setecientos a lo largo de toda su vida. Ese exceso, esa abundancia, puede generar material repetido e irrelevante, pero sobre todo puede provocar todo tipo de patologías, entre ellas la que Richard Saul Wurman llamó *Information Anxiety*. Por eso, por lo dicho, para evitar esa desazón del sobreenformado, he preferido concebir mi blog como un diario personal.⁹ ¿Y...? En principio, las bitácoras son un medio de expresión del yo y un medio de comunicación verdaderamente interesante: ofrecen la posibilidad de enunciar y de enunciarse, de enjuiciar y de enjuiciarse, de contradecirse, así, a bote pronto, al calor de la actualidad, según el instante mismo en que nos ocurren las cosas y en que las observamos. Alguien, un espectador, asiste al tea-

tro contemporáneo desde un observatorio que es íntimo, local y, a la vez, universal, y lejos de reservar para sí lo que ese espectáculo le causa lo pone por escrito al alcance de todos.

Pero hay más. La bitácora no sólo sería el espacio de la contradicción y del fragmento: sería también el lugar de la evacuación, el dominio en el que expresar obsesiones con el fin de que al anotarse y publicarse se debiliten y no pesen en el interior. ¿Por qué razón? Porque, según le confesaba Sherlock Holmes a Watson en *Estudio en escarlata*, nuestro interior es como un pequeño ático de pocas piezas, un ático vacío en el que hemos de meter sólo los muebles necesarios: las gentes necias, añadía el detective, amontonan sin criterio, dejando poco lugar para los enseres precisos o anulando el espacio mismo, convertido de ese modo en un ámbito impracticable o inhabitable. Hay, pues, muchas obsesiones que vendrían a ocupar indebidamente el espacio reservado para uno mismo. Por eso, lo mejor es escribir en un cuaderno privado o público: escribir en una bitácora aquello que siendo sobrante no es estrictamente desechable, una bitácora en la que ensayar sobre las propias ideas con el fin de que no ocupen nuestro ático ya repleto de experiencias. Así la concibo, en efecto. Creo que hacer públicas mis cavilaciones me alivia; creo que se me hacen exteriores.

«Se desprende uno de todo lo que ama y sobre todo de todo lo que detesta de uno mismo», dijo Emil Cioran en una página. Por tanto, frente a lo que puedan pretextar tantos *bloggers* (que el ámbito y el hábito de bitácora nada tienen que ver con el narcisismo, con las obsesiones), el acto de escribir anotaciones es una suerte de terapéutica. Idéntico a lo que admitió, otra vez, Emil Cioran: ése «es el sentido profundo de todo lo que he escrito (...), pues para mí escribir es exactamente eso, es atenuar como una presión interior debilitarla: por tanto, una terapéutica».¹⁰ Lo expresado en el blog se vuelve efectivamente externo, al menos en parte, y se asemeja a la operación estricta de expectorar. Nada menos... Además, cuando anotas inevitablemente simplificas, te rebajas a expresarte y las palabras enunciadas y registradas en el cuaderno pierden ese brillo probable que tenían antes de materializarse, todo pierde el brillo previsto de cuando sólo era una idea inexpressada.

3. Pero hay más: la bitácora no sólo es un diario, un lugar en el que expectorar. Es también el espacio desde el que conjeturar el significado de lo que tenemos presente valiéndonos de un enunciado tras otro, de un *post* tras otro..., de un *post it* tras otro. Cuando damos comienzo al día –indicaba Marcel Proust en una página–, la principal tarea que afrontamos es la de recobrar la identidad, la de reconocernos, recuperando cada uno aquel que fue y que el sueño le hizo perder. Cuando ingresamos en la vigilia, cuando empezamos *pisando la dudosa luz del día*, hay unos segundos de aturdimiento, momentos en que no sabemos quiénes somos, carentes de asideros. Pues bien, pisando la dudosa luz del día, nos levantamos, aturdidos, incompletos, con un sueño inacabado. ¿Y qué vemos? El orden real, ese mundo de objetos frente al que nos definimos y que son obstáculos o prótesis. ¿Qué sentido tiene esa cosa que se te opone o te sale al encuentro? ¿Debemos otorgarle algún sentido nuevo? ¿Pero recordamos el que ayer tuvo? Lo extraño de nuestra existencia no es que dure tan poco, que esa acometida final que es la muerte acabe con la quimera de sobrevivir. Lo raro es que, habiendo suspendido nuestras funciones lógicas, nuestras capacidades conscientes, nuestra vida de vigilia, podamos restaurarla como si tal cosa, como si lo de hoy y lo de ayer tuvieran nexos y continuidad, como si las destre-

10. Emil Cioran, *Conversaciones*, Barcelona, Tusquets, 1996.

zas o los conocimientos adquiridos pudieran ser activados nuevamente sin mayor problema. Por supuesto que nos valemos de la memoria para no tener que reinventar el día y el mundo en cada despertar.

¿Se imagina el lector? ¿Se imagina el lector qué pasaría si cada mañana perdiéramos una parte de ese patrimonio acumulado? Deberíamos hacer como aquel personaje de *Cien años de soledad*, el padre del coronel Aureliano Buendía: deberíamos anotar en libretitas o billetitos el nombre de las cosas, su rótulo. Pero, además, deberíamos registrar igualmente su función. «Esto es una silla y sirve para sentarse». «Sentarse en una silla es dejar caer las posaderas sobre un mueble de cuatro patas con respaldo de modo que descansen nuestra columna vertebral, nuestras extremidades y la zona lumbar». «Las posaderas son esa parte de la anatomía donde la espalda pierde su nombre...» En fin, etcétera, etcétera. Sería el puro aturdimiento. El fundador del linaje, el mayor de los Buendía, vivía con torpeza y dolor lo que era una plaga, casi una plaga bíblica: el olvido de lo básico, el desvanecimiento de una realidad con objetos y perfiles, de un mundo que ya estaba lleno, saturado, repleto de cosas con funciones y mecanismos que sirven para facilitar la vida, incluso para complicarla. Tengo una gran ternura por ese personaje: habiendo sido un pionero, fundador de Macondo, alguien con arrojo y determinación, capaz de enfrentarse a todo lo que le es hostil, ve cómo el nombre y el significado de las cosas antiguas van debilitándose, disipándose, sin que sepa aventurar el sentido de las nuevas.

Las agendas, los dietarios o esos *post its* que empezaron siendo amarillos y que, por tener, una banda adhesiva, fuimos poniendo aquí y allá, nos auxilian, cierto. Esos *post its* son como los billetitos de los Buendía: una batalla cotidiana contra el olvido. Pero son también una empresa diferente: con la escritura no sólo retenemos lo que puede volatilizarse, lo que por las embestidas del tiempo, puede perderse. Los billetitos de que nos servimos son un modo de dar nombre a lo que, en principio, no lo tenía. El mundo siempre es tan reciente que muchas cosas carecen de nombre y para mencionarlas hay que señalarlas con el dedo... Esta descripción proverbial de García Márquez en *Cien años de soledad*, admirable y tantas veces citada, señala, en efecto, el principio del mundo, un mundo recién fundado en el que los lugares y las casas y los parajes ya estaban colmados sin que a los humanos les hubiera dado tiempo a nombrar las cosas. También para nosotros, el mundo electrónico y el mundo mediático están recién creados. Hay, desde luego, numerosos objetos que ya tienen su rótulo y que no olvidamos, pero hay cosas nuevas, vertiginosamente nuevas, cuyo significado ignoramos, cuya función desconocemos, y que incluso carecen de nombre.

Tal vez, los millones de *bloggers* que cada mañana renuevan su bitácora, sólo cuando empiezan a pisar la dudosa luz del día, emprenden una tarea semejante a la de los Buendía: dan nombre a lo que les acaece, aventuran un significado, imaginan una función y un contexto, pero también escriben con urgencia con el fin de que no se les olvide para qué sirve ese objeto, cuál es su mención, quizá angustiados por la plaga bíblica que se cierne y que es el olvido o la muerte. Mi padre tiene una memoria de buen registro, pero como no se fía, como no cree que todo pueda retenerse, se pone aquí y allá billetitos amarillos con los que socorrerse en medio de un naufragio, el suyo, que es también general: el nuestro. Yo creo que con esas anotaciones se ordena el día, pero sobre todo se ordena a sí mismo, su significado, lo que él es o quiere ser dándole nombre a cosas que

no siempre tienen. Tengo para mí que mi labor de *blogger*, esa anotación frecuente, tiene una función semejante. El mundo me es tan reciente que debo servirme de estos papelitos electrónicos que algunos leen para aventurar un sentido a tantas cosas que suceden y que parecen no tenerlo...

4. Pero hay más. Frente al diario íntimo, reservado, inédito, escribir un blog es sobre todo exponerse. Al actualizar la bitácora me muestro, pongo al servicio de los lectores lo que juzgo o creo o sospecho. Frente al diario en papel, los lectores de las bitácoras pueden establecer una especie de conversación. Sobre eso han insistido los autores del libro canónico de los *Blogs* en España, el que firman Rojas, Alonso, Antúnez, Orihuela y Varela.¹¹ Los visitantes o usuarios de las bitácoras pueden, en efecto, dejar sus propios comentarios, palabras volanderas que tienen que ver con lo que el responsable del blog ha puesto o con lo que el asunto tratado le provoca. En efecto, los comentaristas que opinan sobre las ideas del *blogger* pueden expresarse sin identificarse, emboscados tras un alias: un *nick*. ¿Cuál es el resultado? Por un lado, lo que se evalúa por los otros lectores es la pertinencia o impertinencia de una opinión, la justeza o no de unas ideas, no el respeto que merece un nombre. Al adoptar determinados alias, las palabras corren anónimamente y eso permite una gran libertad de opinión, exorciza los miedos, pero facilita también la irresponsabilidad. Es probable que juzgar sin valerse del nombre propio tenga un gran valor terapéutico y liberador para muchos en la medida en que la audacia expresiva o la temeridad verbal sin censura desinhiben. Pero no es menos cierto que las máscaras, las máscaras de que se sirven los internautas permiten las osadías, el ruido informativo, las calumnias.¹²

En principio, el anonimato es una liberación urbana frente al control minucioso de otros tiempos más rurales. En Internet, ese anonimato también desempeña funciones similares. Podemos transitar por distintas webs dejando nuestra huella sin que eso nos obligue necesariamente a dar nuestras señas o a revelar nuestra identidad. Es un alivio para muchos, ciertamente; una manera de expresarse sin temer represalias, o franqueando barreras personales: las de la vergüenza o el reparo. Sin embargo, como en los viejos pasquines de aquella otra novela de Gabriel García Márquez, *La mala hora*, el anonimato puede ser una forma de violencia y de intimidación. Todas las mañanas, las paredes del pueblo aparecen empapeladas con carteles sin firma en los que se revelan detalles supuestamente escabrosos de la vida de sus habitantes.

Un día, a primera hora, justo cuando el padre Ángel se dispone a officiar la misa, se oye un disparo. ¿Qué ha pasado? Un comerciante ha sido informado por un pasquín pegado a la entrada de su domicilio de la presunta infidelidad de su esposa. Su respuesta es inmediata: matar al supuesto amante de ésta. Ese papel era uno más de la plaga de pasquines anónimos que se clavaban en las puertas de las casas de aquel pueblo. No eran exactamente panfletos políticos: eran cotilleos infamantes o atribuciones infundadas o denuncias ignominiosas sobre la vida de los ciudadanos. Pero no descubrían nada nuevo que no se supiera o se creyera saber de antemano: eran supuestos que ya circulaban, rumores conocidos que mediante el pasquín se hacían públicos y expresos.

Cuando no hay razones bien justificadas de temor a represalias el uso del anonimato para ultrajar es una forma de cobardía, pues ese camuflaje nos libera de la responsabilidad. En Internet, los blogs han extendido la práctica del *nick*. Como decíamos posible que

11. Octavio Rojas, Julio Alonso, José Luis Antúnez, José Luis Orihuela, Juan Varela, *Blogs*, Madrid, ESIC, 2005.

12. Traté este asunto en «¿Hay alguien ahí?», *El País*, 19 de octubre de 2004.

evaluar, comentar cosas sin valerse del nombre propio permita audacias sensatas que de otro modo no serían probables: desinhibe al carecer de censura. Pero los *nicks* también permiten entre los internautas más insolentes el insulto irresponsable en un intercambio verbal que es a ciegas, una presunta conversación en la que salimos físicamente indemnes. Entre algunos, eso parece ser licencia para difundir embustes o noticias falsas de ciertas personas creando un rumor violento, un ruido que atenta contra la verdad. No vale pensar que todo tiene su posible respuesta. Una vez se propalan dichas especies el efecto está hecho. Es así cómo los más agresivos podrán emitir sin grave riesgo expresiones injuriosas, sin padecer reprobación. En Internet no hay compromisos que duren y los *nicks* multiplican las máscaras hasta hacer de la identidad algo múltiple, fluido, eventual, máscaras de un mismo individuo, por ejemplo, que conversan entre sí y que se interpelean creando la ficción de un diálogo. No es un logro democrático camuflarse, taparse ocultando la identidad si ello se hace para vituperar.

Ese ruido, anónimo o no, que pueden provocar los blogs ha sido objeto de repudio. En ocasiones, de condena general: se ha llegado a comparar la bitácora electrónica con la antigua taberna...¹³ ese sitio en el que los parroquianos murmuran y escupen arrojando al suelo huesos de oliva, restos de gamba, colillas y otras inmundicias. Pero sobre todo el blog *sería un lugar* en el que finalmente se grita: ese sitio en el que los machotes efectivamente cantan sin rubor, desafinando y retándose ignorando sus limitaciones o sus ignorancias. Creo que es una generalización excesiva. La prensa concede un espacio a la opinión y en los periódicos publican periodistas, intelectuales, profesores, expertos. Allí aparecen columnas o tribunas –breves, inevitablemente breves– en las que se vierten datos, informaciones, así como opiniones. No sé si las dimensiones de esos textos sirven para abordar con profundidad las cuestiones que nos atañen o, si por el contrario, simplifican los hechos y sus interpretaciones. En cualquier caso, un diagnóstico positivo o negativo del género *artículo de opinión* no depende de las convenciones generales, sino de cada caso particular. Hay articulistas que descifran, hay otros que nunca aciertan, y hay otros..., pues otros que unas veces salen airoso del tema tratado y otras se atorán en la forma (fea, desaliñada) o el fondo (erróneo). ¿Deberíamos condenar el género por las torpezas, por las pifias, de los articulistas?

Algo semejante podríamos decir o preguntarnos sobre las bitácoras: son espacios de opinión en los que el *blogger* se retrata, así como sus comentaristas. Abordar de manera expeditiva y desinformada un asunto es lamentable; tratar sectariamente los problemas también es deplorable; creer que algo se ha explicado valiéndose de recursos panfletarios no es menos triste. ¿Que hay blogs en los que suceden estas cosas? ¿Que en ocasiones las palabras altisonantes de algunos comentaristas, la presencia de *trolls*¹⁴ u otros defectos de la red convierten las bitácoras en sitios inhabitables? Por supuesto que a veces suceden estas cosas. Pero con auxilio técnico y con filtros *antitroll* se consigue evitar a los alborotadores.

Ahora bien, más allá del anonimato faltón o más allá del ruido, hay otro problema, otra patología que aqueja a ciertos (o muchos) usuarios de la red. Me refiero a la compulsión lectora de quienes «que quieren abarcar muchas cosas, visitar otras webs», según me indicaba Rogelio López Blanco.¹⁵ Por eso, «consumen de forma televisiva los textos, sobre los que, en consecuencia, apenas fijan su atención», añadía. Cuando eso se da «hay un déficit de capacidad de concentración patente». ¿Por qué razón? Pues porque muchos

13. Con esa analogía se expresaba Julio A. Máñez en su artículo «La entrada en la taberna», *El País*, 13 de diciembre de 2007.

14. <<[http://es.wikipedia.org/wiki/Troll_\(Internet\)](http://es.wikipedia.org/wiki/Troll_(Internet))>>

15. Rogelio López Blanco es director de la revista electrónica *Ojos de Papel*.

usuarios, sobre todo los más jóvenes e impacientes, «no son capaces de asumir que los textos pueden ser complejos, que tienen varias implicaciones y significados que se van sumando, como si fueran tomas de cámara desde distintos ángulos», quizá incapacitados para reconocer que «deben leerlos más de una vez. Y así nos va, consumen pero no entienden, no crecen, sino que engordan», concluía.

Este diagnóstico que, insisto, debo a Rogelio López Blanco describe con precisión lo que quizá sean hábitos de lectura frecuentes entre internautas y sobre todo entre visitantes de bitácoras. La consulta instantánea que salta entre párrafos, que acude a las negritas o a los enlaces, que revolotea sin demorarse. «La ley de los *weblogs* es la remisión permanente –mediante los *links*– a cualquier otro sitio de la web», admitía Alejandro Piscitelli en *Internet, la imprenta del siglo XXI*. «En este sentido, violan el principio de pegajosidad (*stickiness*) que impera generalmente en la red y que exige no dejar que el visitante abandone nunca el propio sitio. Así, atraen a sus lectores para expulsarlos, lo que constituye finalmente el éxito pírrico de muchos *weblogs*». Ahora bien, Piscitelli reconocía que las mejores bitácoras crean para sus lectores «capacidad de invención/descubrimiento amplificada», es decir, nos suministran «información que desconocíamos, autores valiosos que ignorábamos, asociaciones [de ideas] que nunca se nos hubiesen ocurrido y sobre todo orientaciones de cómo y dónde saber más acerca de algo cuyo conocimiento nos moviliza y fascina» a partir de unas palabras.

¿Lo habré logrado en mi blog? No sé. Lo que sí sé es que he reunido a unos cuantos lectores de altísimo nivel, comentaristas fieles e inquisitivos que hacen valer su experiencia y conocimiento. Salvo algún empeñoso adversario que ha llegado a perder los papeles, un selecto comité de lectura ha glosado o criticado o censurado mis textos con amistosa colaboración.

5. Acabo, insisto y preciso. He concebido mi blog como un diario personal –que no íntimo– y, por ello, en él se expresa un yo fracturado, un yo que se despliega frecuentemente en trozos cuya totalidad ignoraba. Insisto, quien escribe es un yo que no habla necesariamente de su intimidad, aunque –eso sí– reconstruya partes de su autobiografía. Por eso, como antes decía, tomo el blog como un laboratorio en el que ensayar esbozos de otras escrituras. O lo tomo también como esa agenda pública en la que opinar sobre el mundo, en la que mirar y tomar apuntes valiéndome para ello de un *pensamiento ordinario*. Es ésta una expresión que debo a John Stuart Mill.¹⁶ El observador ve y e investiga pero no sabe bien lo que atisba; no sabe explica bien qué es lo que ve o distingue y, de repente, descubre lo que no sabía que sabía.

Como resulta evidente, existe una conexión profunda entre el viaje y el saber. Viajar es sobre todo una experiencia mental y, según se sabe, una metáfora de la condición humana, del tránsito de soledad que vive alguien entre lo conocido y lo desconocido. En los mejores casos, mudar de sitio, de sitio físico o de sitio web, provoca un cierto desorden interior, un desplazamiento de los referentes y un desvanecimiento de los asideros fuertes: nos desfamiliarizamos y lo obvio deja de ser incontrovertible para presentarse como extraño, confuso. A partir del siglo XVI, el viaje de descubrimiento no es sólo una posibilidad imaginaria, como la que se nos narra en la *Odisea*, en los fantásticos periplos de Marco Polo o de Sir John de Mandeville: es o comienza ser un dato cierto

16. John Stuart Mill, *Diario*. Madrid, Alianza, 1996.

de la experiencia. Por eso, los primeros *Diarios* de abordaje son un esfuerzo intelectual y perceptivo, una tarea de exploración, de conocimiento y de registro. Con ello, el viaje se convierte en una especie de laboratorio privilegiado para atisbar lo que hay y que tanto nos desmiente, pero sobre todo se convierte en la expresión de un yo que se deja impresionar y que debe traducir en lenguaje algo para lo que no siempre hay palabras.

«Si, por azar o por milagro, las palabras se volatilizasen» decía Cioran en su *Breviario de podredumbre*,¹⁷ «nos sumergiríamos en una angustia y alelamiento intolerables. Tal súbito mutismo nos expondría al más cruel suplicio. Es el uso del concepto el que nos hace dueños de nuestros temores. Decimos: la Muerte, y esa abstracción nos dispensa de experimentar su infinitud y su horror. Bautizando las cosas y los sucesos eludimos lo Inexplicable: la actividad del espíritu es un saludable trampear, un ejercicio de escamoteo; nos permite circular por una realidad dulcificada, confortable e inexacta». Pues bien, el mejor viaje que Internet nos procura es una exploración nueva para la que nos faltan palabras y para la que las experiencias se viven conforme se crean.

Llevo ya años publicando actualizando mi bitácora. Como tantos otros *bloggers*, procuro que mis entradas tengan algo que ver con los problemas que me y nos acucian. Deseo que mis comentarios tengan una inspiración intelectual, tratando a la vez de evitar la pesadez propiamente académica, dándole un tono periodístico. Mantener un blog con estas condiciones es muy empeñoso: mantener un blog que además se actualice con contenidos densos, que no sean una mera ocurrencia, es costoso. Valoro muy positivamente esta experiencia que aún dura, porque el blog es para mí como su *Diario* para John Stuart Mill. «Este librito es un experimento», insistía el filósofo. Salvando las distancias, que son efectivamente muchas, yo me tomo el blog de una manera semejante, como un diario en el que experimentar el ejercicio de la escritura ordinaria. «Aparte de cualquier otra cosa que pueda lograr», añadía Stuart Mill el 8 de enero de 1854 en ese diario, «servirá para ejemplificar, al menos en el caso del autor, qué efecto se produce en la mente cuando uno se obliga a tener por lo menos un pensamiento cada día, que merezca ponerse por escrito». Sería un prodigio que a mí me sucediera exactamente lo mismo, que yo pudiera alumbrar un pensamiento cada día. Procuro ser más modesto: que los pensamientos que nacen del roce de otras inteligencias puedan destilarse en mi bitácora.

«Para este propósito», insistía Stuart Mill, «no puede contar como pensamiento el mero especialismo, ya sea de ciencia o de práctica». Es decir, no podemos contentarnos en un diario de esta índole con consignar ideas o saberes de las disciplinas y de las especialidades. Lo ideal, lo deseable, es que el diario esté «referido a la vida, al sentimiento o a la alta especulación metafísica». Esto es, a aquel conjunto de problemas que nos preocupan y que no tienen fácil respuesta. «Probablemente, lo primero que descubriré en el intento», decía el filósofo británico, «será que, en vez de uno por día, sólo tenga un pensamiento así una vez al mes; y que sean sólo repeticiones de pensamientos tan conocidos de todos...» Ojalá mis anotaciones sean repeticiones de pensamientos ya escritos por otros: no me fío mucho de mí mismo y, por las dudas, prefiero servirme con honradez y con referencia exacta de las ideas de otros.

De lo que de verdad se trata es de tener criterios firmes y flexibles que permitan discriminar entre esos pensamientos que circulan. Pero para lograrlo, la lectura paciente

17. Emil Cioran, *Breviario de podredumbre*, Madrid, Taurus, 1988.

de los libros y el ejercicio de una reflexión lenta y profunda son imprescindibles, porque de aquéllos nos vienen las discrepancias milenarias, esos vislumbres que otros ya adelantaron. Decía André Comte-Sponville en alguno de sus libros que una idea nueva, verdaderamente nueva, que no haya sido pensada ni escrita jamás, tiene muchas probabilidades de ser una bobada. Pues bien, de eso se trata: de no caer en la simpleza creyendo ser original. Hace siglo y pico, Auguste Comte, gran amigo y corresponsal de John Stuart Mill, vivió en un delirio creciente. Era un pensador ciertamente original, aunque, eso sí, muy pagado de sí mismo, persuadido de su mérito y de la profundidad de sus discernimientos. Se propuso elaborar una idea completamente nueva, jamás concebida, y para ello decidió prescindir de los libros y de las ideas ajenas. Como los volúmenes lo anticipaban o lo contradecían, resolvió aislarse eliminando todo contacto erudito. Ese retiro defensivo lo vivió como una higiene intelectual. Fue, ya digo, un autor interesante de ideas audaces; pero al final menos originales de lo que él juzgaba. Fueron numerosos los factores que le sumieron en el delirio, pero sin duda entre ellos estuvo esa higiene intelectual que se prescribió. Estaba tan convencido de que podría subsistir valiéndose de sí mismo que acabó sus días hundido en sus propias ideas.

Yo no creo correr el mismo riesgo, entre otras cosas porque no profeso esa idolatría a la originalidad y porque mis magros nutrientes son efectivamente externos. Si Stuart Mill aceptaba tener un solo pensamiento, más o menos original, una vez al mes, yo no me iba a exigir mucho más. Espero, así, tener un pensamiento, aunque sólo sea uno, más o menos original, en todo el tiempo que dure la bitácora. Algún periodista ha escrito recientemente que un blog es una mezcla entre periodismo y narcisismo. Hay muchas clases de bitácoras. Yo recuerdo haber oído en cierta ocasión a Umberto Eco decir que el blog más extraño que había visto era uno en el que el responsable mostraba su esófago. Ése es el ejemplo más patológico de narcisismo. Pero otros que no hemos exhibido nuestro esófago nos mostramos, expresándonos: tratando de analizar, implicándonos. Y eso, por supuesto, tiene que ver con la vanidad... humana. Pero, ahora, después de unas páginas de intervención, ya no hay más: ahora toca callar. ■